

Econocuento*

LA MANO QUE ME CUIDA

Carla Rodríguez Prado

No he pasado toda mi vida en Valle Competencia Perfecta. En los 80 años que tengo, he residido en cinco lugares y fue este Valle el que me convenció. Desde que vivo aquí siento que alguien me cuida, una fuerza que elimina las ineficiencias en las que alguna vez llegué a incurrir. Pero para apreciar lo que se tiene no se debe olvidar lo que se tuvo, pues cualquier comparación se hace en relación a algo más. Permítanme relatar mi trayectoria, los problemas específicos de cada destino y mis experiencias.

De pequeño vivía con mis padres en Externalidades, una villa donde nadie podía realizar un acto sin que un tercero saliera perjudicado. En esos tiempos tuve problemas de salud pues la mayoría de los niños en el colegio me transmitieron sus enfermedades. Recuerdo una ocasión en particular cuando a un niño le dio varicela y su mamá lo envió a clases, sin importar que el resto del salón fuese contagiado. Yo fui uno de los contagiados. Recuerdo que yo no era el único afectado por las acciones de mis compañeros, mis padres también enfrentaban situaciones similares. Tal fue el caso que el último día que pasamos en Externalidades, mis papás vendieron la casa por una cantidad significativamente debajo de su valor de mercado debido a la llegada de pequeñas empresas contaminantes que disminuyeron el precio del terreno. Siete años después tomé la mano de mi madre y los tres partimos a Lagos de Información Asimétrica, un lugar repleto de actividades

para un adolescente como yo, sin embargo esta vez los problemas no tardaron en encontrarnos.

Una vez que ingresé a la preparatoria, comencé a sospechar que no encajaba. Mis compañeros poseían información con la que yo no contaba y éstos no se molestaban en hacérmela llegar. Por ejemplo, existía una silla en el comedor de estudiantes que nunca se utilizaba. Tras pasar dos semanas de que yo observara que nadie ocupaba ese lugar, decidí sentarme ahí y para conocer nuevas personas. Una vez que me senté en la silla no pasaron ni tres segundos y caí al piso. Resulta que la silla tenía una pata floja y por eso nadie la usaba. Eso nadie me lo dijo. Mis papás también fueron víctimas de problemas. A los cinco meses de haber llegado compraron un auto usado de un señor con buena apariencia quien curiosamente siempre tenía una excusa de por qué no podía mostrarles el vehículo cada vez que se reunían para establecer el contrato, precios y demás puntos de la transacción. Una vez efectuado el pago, recogimos el vehículo en una dirección que no era el hogar del vendedor. Estaba en buenas condiciones, se asemejaba a las fotografías que nos había mostrado, sin embargo una vez que se intentó prender el motor éste no arrancó. Mi familia había recibido un limón malo. Esto enfureció a mi papá, y con una palmada en mi espalda decidió que era hora de mudarnos... de nuevo.

La llegada a Bienes Públicos fue justo lo que necesitábamos, una ciudad con libre acceso a parques, hospitales y otras provisiones del gobierno. Además la ubicación era perfecta, era una ciudad a 30 minutos de la universidad UCLA, mi primera opción para estudiar economía en un par de años. Mi familia y yo alquilamos un departamento con piscina, gimnasio y grandes jardines. Esta ciudad parecía un sueño hecho realidad. Pero, como era de esperarse, era cuestión de tiempo para enfrentarnos a otras complicaciones. Cuando comencé mi primer año en UCLA la colegiatura se elevó sustancialmente de un semestre a otro, resulta que se comenzaron a cobrar cuotas a todos los estudiantes para poder impartir clases de baile, talleres, deportes y reuniones sociales. La cuota era mayor a lo que pagaba por la universidad, la cual era una institución pública. Esto significó que una vez terminado ese semestre empaqué mis cosas y regresé a casa. Al llegar al departamento de mi familia, noté que los jardines no eran verdes, las instalaciones del gimnasio estaban dañadas y la piscina estaba vacía. Mis padres estaban haciendo sus maletas y me explicaron que los demás habitantes de los departamentos habían dejado de dar cooperaciones para mantener esas áreas comunes. Una vez que la cooperación se volvió una obligación, desalojaron el departamento y la renta aumentó, por lo tanto era hora de irse.

Esta vez emprendí mi propio camino y

terminé en Bosques de Competencia Imperfecta. Ahí pasé muchos años, me casé, tuve cuatro hijos y puse tres empresas distintas. La primera clausuró por la llegada de una empresa más grande contra la cual no pude competir en precios debido a que su estructura de costos le permitía producir mucho y a un precio bajo. La segunda no logró conocer el mercado debido a barreras impuestas por las oficinas gubernamentales. La última se mantuvo fuerte por veinte años, pero una vez llegada la crisis financiera global y por la naturaleza de mi compañía, el valor de las acciones se derrumbó, causando la caída de mi negocio y de mi persona.

El día que mi empresa quebró, mi alrededor cambió a color blanco y una luz brillante apareció, abriendo camino a un brazo que extendió su mano invitándome a tomarla y seguir ese camino.

Al menos así es como lo recuerdo pues he tenido 80 años por mucho tiempo. Pero desde que vivo en Valle Competencia Perfecta no he tenido problema alguno. Todas las personas desprenden luz interior, en momentos de conflicto una mano del cielo aparece y arregla la dificultad. Pareciera que cada persona tiene su propia mano, aunque todos somos iguales. Verán la mía es grande, sin embargo cuidadosa, dura, pero gentil. Digo esto con certeza, aun cuando esta mano es invisible, pero de alguna manera, veo que siempre está ahí.

* Econocuento es un concurso literario creado por el Dr. Alejandro Flores Becerril en 2011, donde se promueve la participación de alumnos de economía en la escritura de cuentos que basen su historia en el entorno económico. "La mano que me cuida" de Carla Rodríguez Prado, alumna de economía del Tecnológico de Monterrey, Campus Monterrey obtuvo el primer lugar en el concurso de 2012.